

**\* PREPARAR LA VENIDA DEL SEÑOR**

Preparar la venida del Señor. Éste es el mensaje central del domingo segundo de Adviento. El domingo pasado sirvió de despertador al invitarnos a velar y a vigilar, para que el Señor nos encuentre despiertos y esperándolo cuando él llegue. Este segundo domingo la palabra de Dios nos invita a la acción: *Preparadle un camino al Señor*, escucharemos en la primera lectura y en el evangelio.

Para nuestra preparación la liturgia nos ofrece como referencia lo que el pueblo de Israel hizo para acoger la llegada del Mesías. Del mismo modo que en el primer milenio antes de Cristo el pueblo judío se dispuso para recibir al Mesías, así nosotros debemos prepararnos para acoger su segunda venida, su retorno glorioso cuando vuelva para llevar a plenitud su reino.

Tres personajes bíblicos nos estimularán en nuestra preparación: Isaías, Juan Bautista y María. Ellos jugaron un papel esencial en la primera venida del Mesías. Isaías fue el profeta que con más fuerza anunció a Israel la llegada del Ungido de Dios, apremiando al pueblo a prepararse para ese acontecimiento. Juan Bautista fue el precursor, el último de los profetas, que predicó la conversión del corazón para la llegada inmediata de Cristo. Y María fue quien acogió en sus entrañas al Hijo de Dios encarnado, dando a luz al Salvador del mundo.

**\* ¿CÓMO DEBEMOS PREPARAR ESTA VENIDA?**

El profeta Isaías, en la primera lectura, nos da algunas pistas para que podamos preparar el camino del Señor: *que los valles se levanten, que los montes y colinas se abajen, que lo torcido se enderece y lo escabroso se iguale*. Isaías hace saber al pueblo que el camino por donde llega el Mesías ha de ser llano y recto, sin alturas inexpugnables y vacíos insalvables. Isaías nos invita a comprender que el camino del Señor es el corazón del ser humano y que, éste, ha de ser examinado para descubrir sus carencias, para darnos cuenta de aquellos sentimientos que sobran y de toda intención torcida. El primer paso de esta preparación es, pues, examinar nuestras vidas para que podamos realizar nuestra conversión, esa conversión que predicaba Juan Bautista ante la llegada inminente de Cristo (evangelio).

Por tanto, en estos primeros días del Adviento, sería conveniente ofrecer una celebración penitencial (nos puede servir la que propone el Ritual de la Peni-

tencia en su apéndice) que ayude a la comunidad a mirar sus vidas y a elaborar un programa de conversión personal para desarrollar a lo largo de este tiempo litúrgico. Este proceso habría de culminar con la celebración del sacramento de la reconciliación a las puertas de la Navidad. Así habremos hecho realidad la exhortación que el apóstol san Pedro nos dirige en la segunda lectura: *mientras esperáis el retorno del Señor procurad que Dios os encuentre en paz con él, inmaculados e irreprochables.*

## \* LOS BIENES TERRENALES

Uno de los lastres que nos impiden salir al encuentro del Señor y que dificultan nuestro caminar hacia él son los bienes materiales y las preocupaciones mundanas. La eucología de este domingo insiste en ello: *cuando salimos animosos al encuentro de tu Hijo no permitas que lo impidan los afanes de este mundo* (oración colecta); *te pedimos nos des sabiduría para sopesar los bienes de la tierra amando intensamente los del cielo* (oración después de la comunión).

La liturgia no nos ha de llevar a pensar que las cosas materiales de este mundo son malas en sí, ni tampoco nos invita a huir del mundo. Tal y como nos hace ver el relato del Génesis, la creación es buena (*y vio Dios que era bueno* leemos repetidas veces en ese pasaje bíblico). Y tampoco debemos olvidar que el Dios al cual seguimos se caracteriza porque se encarnó, porque bajó del cielo a la tierra. El cristiano, por tanto, debe ser una persona que valora todo lo creado por Dios y una persona encarnada en el mundo, en la sociedad. Pero cuya forma de ser, de actuar, su jerarquía de valores, debe ser diferente ya que en su corazón late la vida divina pues en el bautismo ha recibido el Espíritu Santo (evangelio). Para que esta vida se renueve necesitamos la acción continua del Espíritu. Su oxígeno penetra en nuestros pulmones por medio de la oración. Por tanto este tiempo de Adviento es un momento propicio para intensificar nuestros momentos de oración y poder experimentar cómo la vida nueva del Resucitado invade nuestro ser y nos hace comprender que este mundo y sus realidades materiales no son lo definitivo, sino que *esperamos un cielo nuevo y una tierra nueva* (2ª lectura).

□ JOSÉ ANTONIO GOÑI